



www.loqueleo.com/co

El guardián del páramo

© Del texto: 2023, Fernando Escobar Borrero

© De las ilustraciones: 2023, Diego Alejandro Escobar

© De esta edición:

2023, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-02-4

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición: septiembre de 2023

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El guardián del páramo

Fernando Escobar Borrero

Ilustraciones de Diego Alejandro Escobar

loquele_o

A María, una luz que siempre está encendida y me sostiene.

A Diego, cuyos dibujos están llenos de magia.

*A mi papá, un roble boyacense que adora
el caldo de papa con cilantro.*

*A mi mamá, que piensa que esta historia
deberían leerla todos los jóvenes.*

*A mis hijos, con quienes nos perdimos buscando
una laguna y nos encontramos en un páramo.*

*A mi tía Ángela, que adoraba las montañas
y ahora las mira desde arriba.*

*A “el opita”, mi profe de Geografía, que me llevó a conocer
ese maravilloso planeta llamado páramo de Sumapaz.*

*A este país, rico en páramos, donde,
a pesar de todo, aún nace agua y esperanza.*

Un buen caldo

—Le faltó cilantro —dijo el abuelo sorbiendo sonoramente una cucharada de caldo sin separar sus ojos de la cazuela.

—Sí, doña Carmen dijo que esta vez la matica está amarrada.

—Ha estado descaso.

—Escaso, abuelo, sin la d.

—La palabra escaso está descasa de letras des.

—Ja... es que en la escuela mi profe dice que...

—Su profe puede saber mucha cosa, pero no tiene ni idea de lo más importante: si no hay agua suficiente, no habrá cilantro en abundancia, ni papas, ni mucho menos caldo de papas. Dígale a ese profe que en vez de venir a enseñarnos a hablar de una manera distinta a como nos enseñaron nuestros abuelos, les enseñe a cuidar la tierrita, las maticas... Si quiere invítelo un día aquí a comer

caldo de papa, pero, eso sí, dígame que no va a tener cilantro suficiente porque está descaso.

—Pues sí, lo voy a invitar un día, abuelo. Se va a dar cuenta de que mi profe sabe mucho y, sobre todo, de que es buena gente. Eso nos enseña hasta con poemas. Abuelo, por ejemplo, ¿sabe que Argentina quiere decir “plateada”?

10 —Y mijo, pregúntele a su profe si sabe qué quiere decir el nombre de este municipio... a ver... Es que el diablo sabe más por viejo que por...

—... diablo, abuelo.

—Ah, Marco, y dígame a doña Carmen que si me manda unas hojitas de malva, que se me está inflamando la pierna otra vez.

—Pero es que, abuelo, usted no hace caso y no levanta el pie como le ordenó el doctor.

—Ese doctor me ordenó levantar el pie porque se imagina que uno en el campo puede echarse a descansar cuando le dé le gana y levantar la pata como si fuera un rey, y entonces ¿quién va a echarles comida a las gallinas y quién va a ordeñar a la Sultana y a echarle agua al Roco y quién va a traer cilantro cuando esté descaso?

—Pues yo, abuelo, como siempre.



—Ah, por eso. Aquí el único que puede echarse a descansar es el Roco, que está igual de cojo a mí, pero él por lo menos no tiene que alimentar a las gallinas.

El Bosque de la esperanza

—¿Sabe que su abuelo tiene razón, Marco? Venía desde hace rato pensando en que quiero llevar a todo el curso a conocer el páramo, para que vean cómo nace el agua. Puede ser un sábado para que el rector no ponga problema, porque si le digo que va a ser una salida en un día de clases, de pronto me hace su típica cara cuando mira por encima de las gafas y me dice: “Profesor Cabrera, en lo posible que la clase sea en el aula, que para eso mandamos a remodelar los salones y están estrenando pupitres”.

—Sí, profe —dijo Marco—, planeo la salida para un sábado y, como mi casa queda subiendo hacia el páramo, yo les doy aguapanela para cargar energías. Pero antes vaya un día a visitarnos y le presento a mi abuelo.

—Listo, Marco, dígale a su abuelo que gracias por la invitación y que voy a ir un día a probar su famoso caldo de papa “levantamuertos”, del que usted me habla hasta por los codos.

—Sí, profe, pero espere a que haiga harto cilantro porque así es que es bueno.

—A que haya, Marco, no haiga.

14

—Eso, haya —dijo Marco con una sonrisa—. Pero eso sí, a mi abuelo no coja a corregirlo, por favor. No coja a corregirlo porque él sí se molesta.

—Tranquilo. Ah, y cuénteles que sí sé lo que quiere decir el nombre del municipio; quiere decir “Bosque de la esperanza”, en dialecto muisca. Bueno, ahora sí sigo en lo mío porque tengo que seguir calificando todos estos exámenes.

Marco salió del salón de profesores jugando con su *coca*. El profesor Cabrera se quedó mirando a través de la ventana cómo logró introducir en todos los intentos el palo en el agujero de la bola, sin ni siquiera remangarse la ruana. También notó que apenas apareció Matilde, su compañera de octavo grado, fue la única vez en que no acertó.

—Hola, Marco. Usted parece que no hace más sino jugar con esa hijuemadre coca. ¿Ya leyó el libro que le presté?

—No, Matilde, es que termino muy cansado y no me rinde. Pero me ha gustado. Aunque lo que no me gusta es que ese tal Huckleberry Finn dice muchas mentiras.

—Sí, pero también lo hace reír a uno con todo lo que se inventa —dijo Matilde sonriendo—. ¿Cómo siguió su abuelo de la rodilla?

—Pues regular porque le ha vuelto a doler, me dijo que le pidiera a doña Carmen si tiene hojitas de malva para ponerse unos paños en la pierna.

—Déjeme yo le pregunto hoy a mi mamá, y si tiene se las traigo mañana, pero usted lo que debería hacer es ir a terminarse el libro que ya lleva más de dos meses con él.

—Bueno, gracias, Matilde. Saludes a doña Carmen —se despidió Marcos.

El profe volvió a levantar su mirada y vio cómo Marco se iba caminando, internándose en esa espesa niebla, mientras continuaba ensartando la

coca en el palo. Sonrió y clavó de nuevo su mirada en un examen lleno de tachones.